



Carlos Barral: Memorias de la cultura de España

Raúl Illescas
Universidad de Buenos Aires

Resumen

La presente comunicación propone un acercamiento a las *Memorias* de Carlos Barral (1928-1989). Este libro publicado en 2001 es el texto que reúne la trilogía: *Años de penitencia* (1975), *Los años sin excusa* (1978) y *Cuando las horas veloces* (1988). Cada uno de ellos nos brinda no sólo la posibilidad de adentrarnos en el recorrido de la vida del autor sino también comprender la mirada que construye sobre la situación española. Varias son las motivaciones que me llevan a considerar este texto. En primer término, el lugar de colocación del autor, Carlos Barral fue un editor, un poeta, un escritor y un político, pero –sobre todo– un eslabón imprescindible de la cultura española del siglo pasado. En segundo término, la condición memorialista/autobiográfica del texto en tanto posibilidades del género. En esta comunicación me referiré a *Años de penitencia* que atraviesa la niñez y los años de formación de Barral, situados en su ciudad natal y con el trasfondo de una España y Europa convulsionadas, desde los años previos a la Guerra Civil Española hasta la segunda conflagración mundial. Asimismo, *Años de penitencia* establece una vinculación con su poesía.

Palabras clave: Carlos Barral – memorias – autobiografía – Guerra Civil Española – poesía

El apellido Barral en mi memoria es una marca asociada de manera inseparable a Seix. Efectivamente la editorial Seix-Barral, fundada en 1911, forma parte de la tradición editorial catalana más importante. En esa continuidad, Carlos Barral (1928-1989) es un editor en el sentido admirable del término. Integra un grupo reducido entre los que se cuentan Paco Porrúa, Enrique Pezzoni, Boris Spivacow por nombrar algunos, que comprendió el lugar de mediación que ocupan en la cultura. Así construyó un fondo editorial o un catálogo, en donde la elección de cada una de las obras y los autores permitió organizar y otorgar sentido no sólo a la coyuntura del mundo del libro, sino que diseñó y tendió puentes entre el pasado y el futuro. En este punto las editoriales como Seix-Barral han tenido y tienen una acción patrimonial decisiva en relación con la memoria. Seguramente, Barral acordaría con la formulación del escritor y editor italiano Roberto Calasso, fundador de *Adelphi*, cuando afirma que las editoriales valiosas aspiran a "financiar buenos libros con buenos libros". Tal vez la síntesis de su actividad y actitud editoriales haya sido la creación de la colección Biblioteca Breve y de los prestigiosos premios Formentor, Biblioteca Breve y Premio Barral de Novela, a través de los cuales le otorgó visibilidad a escritores como Luis Martín Santos, Juan Marsé, Mario Vargas Llosa, Alfredo Bryce Echenique y Guillermo Cabrera Infante, entre otros. Junto al editor convive un Barral poeta, autor de *Metropolitano* (1957), *Diecinueve figuras de mi historia civil* (1961), *Usuras y figuraciones* (1973), entre otras, que se define a sí mismo como "un poeta escaso", sin urgencias por publicar o en tal caso, con



urgencias por indagar¹. Actitud que no está lejos de la de otros compañeros generacionales como José Manuel Caballero Bonald, Ángel González o Jaime Gil de Biedma. Con este último y junto a los hermanos Juan y José Agustín Goytisolo, José María Castellet, Alfonso Costafreda y Jordi Folch integró el llamado Grupo poético del 50, en Barcelona, tal como lo investiga en su estupendo trabajo Carme Riera (1988). En la última etapa de su vida, Carlos Barral alcanzó la senaduría en Tarragona por el PSOE; desde su banca se ocupó de los derechos del escritor y del traductor, y de la modernización del mundo editorial.

Pero la presente comunicación tiene como propósito un acercamiento a Carlos Barral memorialista, donde se conjuga su polifacética actividad como editor, poeta, político y hasta personaje. En este sentido se abordará aquí una aproximación a su texto *Años de penitencia*, publicado en 1975 y que le otorgó un lugar privilegiado en las letras españolas por la condición ejemplar autobiográfica del texto en tanto posibilidades del género. Más tarde esta obra se continúa en la trilogía *Los años sin excusa* (1978) y *Cuando las horas veloces* (1988) que finalmente es reunida en sus *Memorias*, publicado en 2001. Cada uno de ellos nos brinda no sólo la posibilidad de adentrarnos en el recorrido vital del autor sino también en la mirada que construye sobre la situación española. Barral, además de reinstalarse en aquellos años, se convierte en un observador-testigo perspicaz, sensible e inteligente de cada uno de los momentos que vivió y que no se recortan a ese yo biografiado sino al panorama político y cultural impuesto por el Franquismo. *Años de penitencia* se ocupa cronológicamente desde los años 1939 hasta 1950. El texto narra sus años de infancia, su adolescencia y los primeros pasos en el mundo universitario en su Barcelona natal, insertos en las consecuencias de la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial. Hechos que, en el primer caso, entroniza por casi cuatro décadas a Francisco Franco en el poder y en el segundo, aísla a España del resto de Europa, en la configuración del nuevo mapa político. Evidentemente los años cuarenta son para Barral especialmente característicos y significativos respecto de la cultura española, porque en esa década se fijan y explicitan las coordenadas de la dictadura franquista. Es por ello que *Años de penitencia* resulta fuertemente contextual, tal vez el más contextual de los tres, donde la sordidez y lo mítico se conjugan para cristalizar un espacio de silencio. Sin embargo, el autor en un reportaje concedido a revista *Triunfo*, a propósito de la edición del texto, informa sobre sus presupuestos de escritura:

Aunque en realidad yo no me proponía escribir un libro de memorias. (...) Lo que ocurre es que ese proyecto inicial se frustró en la medida en que uno es un poeta lírico y fue interviniendo cada vez más como personaje principal, como personaje pensante con evidente protagonismo. También y de otro modo, me propuse dar un contexto explicativo a mi poesía, que, como la de todo poeta lírico, es autobiográfica, y me parece que este libro es profundamente contextual. Es decir que, para quien lo lea, mi poesía será mucho más inteligible (López Barrios 1975: 48).

Quizás se pueda coincidir o acordar en parte con esa reflexión porque otra posible lectura tenga que ver con una continuidad del modo de leer esa realidad: los instrumentos o herramientas que escoge para hacerlo. Los distintos capítulos que componen el libro llevan

¹ Entrevista de Joaquín Soler Serrano a Carlos Barral en *Videoteca de la memoria literaria*. A fondo, Madrid, Radio Televisión Española, Traspals. S.A, 1998. en cinisargo.bligoo.com/.../Entrevista-completa-a-Carlos-Barral-Programa-a-Fondo-de-TVE.html - España



por título: "La calle redimida", "Retrato de familia", "Calafell y la cuestión del lenguaje", "Clases de literatura", "Las humedades del sueño", "Camaraderías", "Moradas breves", "La universidad: *Coin de Table*", "Un lagarto en cada encina" y "Vigilia en armas". En el derrotero que suponen las memorias, este primer texto –tan bien recibido por la crítica y sus contemporáneos– es decisivo porque en la elección de los capítulos que lo componen podemos observar, en primer término, algunas claves y constantes en el pensamiento barraliano y luego, el modo en que las desarrolla. En cuanto a las claves se podrían identificar dos zonas muy precisas, que en la trilogía memorialista y en *Los diarios /1957-1989* (1993)², se constituyen en obsesiones. Así por un lado, se puede rastrear la preocupación que exhibe en torno al lenguaje, a la lengua y la escritura. Por otro lado, Calafell en la provincia de Tarragona es un espacio mítico que abre líneas de escritura. Ambos núcleos narrativos son puntos de partida para reconocer preocupaciones del yo autobiográfico, tales como la amistad, la iniciación sexual, la figura paterna, la omnipresencia del mar, entre otras. A ello se suma la íntima relación que podemos anudar entre estos textos y su poesía. Pero no sólo por el efecto de la cita sino por la búsqueda poética preocupada por el término escogido, por la palabra precisa. Tengamos en cuenta que *Años de penitencia* está tomado de un verso del poema "Prosa para un fin de capítulo":

[...]
y en las salas de espera, y en los ojos
turbios de colegial, cuando se abrían
las portezuelas de los taxis, mientras
transcurren los minutos y los años
de penitencia nacional, los días
de enrejados y misas con banderas (Barral 1979: 189).

La penitencia con esa fuerte carga religiosa remite –en principio– a la confesión, uno de los sacramentos de la Iglesia. Ello supone el arrepentimiento por el cual los cristianos son perdonados por Dios. De modo que en ese contexto la línea que se puede construir es culpa-penitencia-arrepentimiento-expiación; todo ello producto de un pecado y en estricta relación con el contexto político que tiñe toda la realidad española y que de manera recurrente, Barral reconoce como "una humillación colectiva".

Para intentar dar cuenta de modo muy sintético de los presupuestos de lecturas enunciados anteriormente, tomaré algunos capítulos como ilustración. Así, la preocupación por la lengua, el lenguaje y la escritura puede reconocerse en el segundo capítulo, "Retrato de familia", que busca reorganizar genealogías e historias familiares. A partir de ello Barral propone retratos literarios de aquellos personajes que le llamaron la atención durante su infancia y adolescencia: su tío Luis, Doña Tota, su madre, el Gaucho Medina y el neurótico tío Gerardo.

Por la nómina de personajes se adivinará que en mi casa se hablaba castellano. Bueno en realidad, la mayoría de hispanohablantes no excluía el bilingüismo, y, por lo que

² Puede leerse el correlato en su única novela, *Penúltimos castigos* (1983), calificada como semibiográfica, y en la que el protagonista es un tal Barral, hasta todos sus escritos de experiencias marinerías, como *Desde Barcelona, la mediterrània* (1988).



se refiere al castellano, eran varias y muy matizadas las tradiciones dialectales que convivían en el piso de la Vía Layetana. La lengua de los Medina y la de mi madre era básicamente el argentino, un argentino en ocasiones teñido de un color local que lo diferencia del que luego he oído en boca de los cosmopolitas literatos rioplatenses. (...) Tan solo en estado de irritación nos voseaba (...). La fonética de mi madre ha tenido en mí gran influencia, y en estado de fatiga pronuncio yerba (que me repugnaría escribir con h) o caballo, en argentino" (Barral 2001: 102).

En estas circunstancias, el improvisado lingüista reconoce que el catalán es propio de la familia paterna, de los Barral. Una lengua que el poeta siempre habló y leyó pero que nunca escribió. A ese sistema binario familiar castellano-catalán, se suma un castellano administrativo reconfigurado que se utiliza en la escuela y en la calle, forma de "koiné de los barrios altos de Barcelona" y el francés como lengua de la poesía durante la adolescencia y de diálogo secreto con su padre. Pero sin dudas la lengua catalana que es reconocida por Barral como "la primera de mis lenguas extranjeras" es en Barcelona un habla sectorial, una expresión de clase y en Calafell es la lengua del verano y de la libertad. Precisamente en el capítulo "Calafell y la cuestión del lenguaje" conjuga sus dos obsesiones, el espacio mítico de la infancia feliz y la presencia de una lengua marítima. Porque Calafell, que se convierte en el espacio litúrgico del padre muerto y en el espacio de la metamorfosis de la infancia a la adolescencia, es el paisaje en el que mejor puede describir los estragos de la Guerra Civil; es sobre todo el universo de la experiencia a través del cual Barral reconoce los orígenes del propio lenguaje. Por cierto, en este capítulo se pone en evidencia la tensión de ese yo autobiográfico entre el mundo en catalán, forma de "insularidad léxica" y de "intraducible jerga" de experiencia marítima y la traducción de la narración al castellano. Esta tensión que siempre le merecen una reflexión, como por ejemplo ésta:

Los elementos más notables de cuantos poblaban aquel paraíso exclusivo ingresaban en la memoria verbal en forma de palabras encerradas en una burbuja que las neutralizaba, que descartaba gran parte de las posibilidades de relación con el mundo infinito de los nombres y de las combinaciones sintácticas. Aprendía, claro está, sus equivalencias de diccionario, a veces precisas pero, las más, remotas, porque la mayoría de esas palabras formaban parte de locuciones locales, ya teñidas de manipulación imaginativa y eran con frecuencia totalmente intraducibles. El caso es que las equivalencias castellanas, especies de una lengua no vivida en aquellos casos determinados, resultaban cadavéricas, léxico de disección, y totalmente inútiles e intraducibles. (...) Así, por ejemplo, en uno de los poemas de *Hombres en la mar* inserté y no precisamente con naturalidad, el "rezón", lo que siempre he llamado y he oído llamar simplemente *ferro*, y eso aún después de que manuales de náutica me habían familiarizado con esa palabra extraña (Barral 2001: 126).

Calafell en las páginas de *Años de Penitencia* es a la vez la descripción de viejos navegantes y pescadores, de historias de naufragios y el bautismo con su barco *Fisis*. Es decir "un sistema cerrado de experiencia que permanecía a través de los años en un mágico, indestructible equilibrio", pero también un mundo en extinción producto de los nuevos ricos



franquistas. "Calafell se iba volviendo vulgar y feo mientras yo cursaba mi breve carrera de gamberro" (Barral 2001: 211).

En cuanto a la segunda parte, es decir el modo en que intenta recuperar aquella vida, recrearla, creo reconocer dos procedimientos que implican un modo de acercamiento, un tanteo mediado por las posibilidades de la memoria. Ello resulta importante porque el poeta Barral devenido memorialista tiene muy en claro las cláusulas de la autobiografía, donde la memoria es el único medio y –al mismo tiempo– el menos confiable. Barral sabe de las ventajas y desventajas de la memoria que expone sin temores, otorgándole a la autobiografía –como lo refiere en las palabras preliminares a la primera edición– una "metódica inexactitud" pero sin traicionar "al elemento principal del proyecto: el curso natural del recuerdo" (Barral 2001:72).

De modo que la ausencia de cronología y la presencia de un olvido amenazante organizan el recorrido de la experiencia de este yo autobiográfico. Es por ello que frente a esa memoria poco fiable, confiará en dos muletas: las fotografías y los objetos. En ambos casos, lo que importa es la mirada y las preguntas que le suscitan una imagen familiar, una cosa o una forma.

Sin dudas, el capítulo que abre el texto, "La calle redimida", está en consonancia con *Los años de penitencia*, donde despliega un mapa de la Barcelona que transita el niño y que se constituye en un espacio culpógeno que en la mirada del yo autobiográfico supone –en principio– dos escenarios bien delimitados. Allí reconoce un límite y una frontera. Un límite en tanto es algo que se ha cruzado y del que no se puede retornar, es decir de qué modo el Franquismo hirió a la democracia y cómo se encargó de acicatear y continuar lastimando a los vencidos. En palabras del autor:

Estas notas sobre el paisaje ciudadano de mi infancia en el escenario más general de una ciudad y un país que, sin saberlo, se preparaba para una larga etapa de ideas y costumbres muy diferentes de aquellas en que habían vivido las generaciones anteriores, resultarían poco ligadas si no se hiciera referencia al punto central de mis experiencias, en el que venían a convergir lo nuevo y lo sobreviviente y donde vi más de cerca, en sus fibras más inmediatas, desarrollarse la nueva anatomía de aquella sociedad castigada: la casa de mi familia (Barral 2001: 85).

Y en la memoria de Barral, recrea una frontera de distintos espacios en los que el yo autobiográfico se permite ingresar y salir. Ya no vive en ese espacio de inconsciencia, en ese *hortus libertatis* como denomina a los últimos años de la guerra. Los años cuarenta oscurecerán el paisaje y señalarán hasta el cansancio las zonas rojas y acusarán incansablemente, a los rojos. Ese cambio, el yo lo lee en cada uno de los espacios en los que interactuaba:

La ciudad entera, la parte de ella, al menos, que yo recuerdo ahora como escenario de aquellos años (algunas calles del Ensanche y los alrededores del Paseo de Gracia) era gris y polvoriento como los siniestros muros del colegio. Era como si no hubiese acabado de caer y depositarse el polvo del gran trastorno geológico. Las calles en mi memoria aparecen bañadas en un barrillo gris viscoso como el que recubría en días de sol el patio del colegio. Y me parecen casi vacías. (...) Yo no me explico qué hacía



la gente en aquellos meses. No veo a casi nadie en la calle de mi recuerdo (Barral 2001: 75).

De este modo, los límites como líneas reales o imaginarias imperaban en la vía pública y en el ámbito familiar. Barral reconoce que el colegio, el cuartel y la casa eran espacios de la opresión. En el caso de los dos primeros por la presencia de los falangistas como "especie zoológica", no autóctona, agresiva y gritona y los curas. En la casa, por el silencio impuesto respecto de familiares republicanos³ y por las criadas exultantes ganadas por el nuevo régimen. En ambos sitios, recuerda una forzada ritualidad.

Asimismo, este capítulo pone de relieve la educación en la Barcelona de posguerra; la escuela privada con sus becarios pobres apodados *fámulos*, y las consiguientes diferencias sociales, pero todos iguales por la extrema flacura y la carencia de sol y vitaminas:

Había, lo recuerdo y lo compruebo en esta fotografía, alumnos de dos razas: hijos de la clase media, de burgueses, de profesionales y de funcionarios, que éramos la mayoría, y unos pocos becarios de procedencia humilde (Barral 2001: 82).

Precisamente la fotografía es una herramienta imprescindible en el relato memorialístico, a la cual acude constantemente el yo autobiográfico para reconocer a su familia, a antiguos compañeros de clase o paisajes desaparecidos. Efectivamente, los retratos y las fotografías en general son documentos o canteras nunca fiables. Por ello, mientras reconstruye la zaga familiar y observa un retrato puede afirmar: "Así que es posible que el personaje del cuadro no sea mi tía" (2001: 93). Es esta una condición relevante de estas memorias, porque el yo asume –reiteradamente– no saber o desconocer. Porque sabe que en esa mediación el tiempo y la memoria resultan una pareja canalla que se asocia con la escritura literaria. De esta manera lo propone en el poema "Fotografías" que, como cuenta en *Diario de Metropolitano* (1979: 56), había pensado llamarlo "Arena en la memoria":

Ni siquiera amarillas,
opacas y más tristes, como suelen
enfermar en los álbumes.
Enfermas
pruebas de afilados cantos,
copias de mano diestra, casi
insensibles al tiempo.
¿Mas cómo distinguir
lo que recuerdo de memoria viva
de lo que he oído sobre mí, el yeso
blanco que me ayudaron a poner
sobre tantos rincones,
cubriendo todo alrededor, cegando
los rostros más veraces?

Como escribe Susan Sontag en "Sobre la Fotografía" (2006:16):

³ Las familias demacradas, referencia al poema "Las alarmas".



Las fotografías son quizás los objetos más misteriosos que constituyen y densifican el ambiente que reconocemos como moderno. Las fotografías son en efecto experiencia capturada y la cámara es el arma ideal de la conciencia en su talante codicioso.

Asimismo consciente de la perspectiva temporal, Barral acude a la memoria de los objetos, a través de su densidad y saturación de formas que lo reinstalan en su casa burguesa paterna, o los elementos marítimos de su Calafell de la infancia y adolescencia, por ejemplo. Así las cosas son las trampas para, ilusoriamente, capturar un tiempo. "Los objetos y los aconteceres de ese mundo" -afirma Barral- "operan como modélicos, como referencias, y acaparan, congelan en una especie de ejemplaridad necesaria, las adherencias oscuras del lenguaje, sus posibilidades poéticas, una parte de su fuerza creativa" (2001: 125).

El yo autobiográfico escoge las fotografías y los objetos porque son fragmentos de ese mundo en el pasado. Así objetos y fotografías trascienden la captura del instante para identificar acontecimientos, en la medida en que la actitud de Barral busca conocer, para poder reconocer. Así, en el detalle de la observación vuelve esos acontecimientos memorables.

Para finalizar, podríamos afirmar que su preocupación por el lenguaje y las playas de Calafell dan cuenta no solo de obsesiones sino también de una actitud selectiva que tal vez sea leída por alguien como una impronta aristocrática. Pero en cualquier caso, Barral se propone aún en la evocación de lo recordado, indagar en las causas, por ejemplo, de su iniciación sexual; aunque reconoce la existencia de "datos tan borrosos y tan deformados por causa del arrepentimiento y del miedo" (2001: 149).

A dos aguas, entre "una especie de autobiografía o de algo tal vez más semejante a unas memorias" (2001: 72). Barral privilegia el *Bios* pensado desde la concepción de Wilhelm Dilthey como una reconstrucción de una vida a partir de la impronta de la experiencia en tanto principio organizativo. Pero despreocupado por delimitaciones teóricas, por el pacto o contrato de lectura entre autor y lector, Barral no promete decir y saberlo todo; ocupar todos y cada uno de los espacios, sino ser un testigo de una época a partir de sus experiencias y recuerdos sin por ello reivindicar para su libro de memorias el estatuto de la ficción⁴.

Bibliografía

- AA. VV. (1991). *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental. Suplementos Anthropos*, 29.
- Barral, Carlos (1979). *Metropolitano*, Barcelona, Orbis.
- (1988). *Diario de Metropolitano*, Granada, Ed. Luis García Montero, Diputación Provincial de Granada.
- (2001). *Memorias*, Barcelona, Península (Edición completa de los libros anteriores con prólogos de José María Castellet y Alberto Oliart).
- (1993). *Los diarios, 1957-1989*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik.

⁴ "Historia estrictamente personal, exilio del corazón entre la gente –Nuestra, porque esta historia moral, y de clase y civil, como la guerra por igual os atañe a buena parte de vosotros" (Barral 1979: 55).



IX Congreso Argentino de Hispanistas
"El Hispanismo ante el Bicentenario"



---- (1983). *Penúltimos castigos*, Barcelona, Seix-Barral.

López Barrios, Francisco (1975). "Carlos Barral. Una década de penitencia". *Revista Triunfo* 662 / XXX: 48-49.

Riera, Carmen (1988). *La Escuela de Barcelona (Barral, Gil de Biedma, Goytisolo: el núcleo poético de una generación)*, Barcelona, Anagrama.

Sontag, Susan (2006). *Sobre la fotografía*, Anagrama, México.